

Premios Santillana 2010
XXXII Concurso de Experiencias Educativas
Sección: Memoria del Profesorado

CAZANDO DRAGONES

José María Sorando Muzás

I.E.S. "ELAIOS" - Zaragoza

Un viejo cuento chino narra la historia de un muchacho que, tras cursar todos los estudios sobre el tema, obtuvo el título de cazador de dragones. Salió ufano al mundo con su diploma bajo el brazo pero pronto constató con desilusión que no había dragones que cazar. “¿*Qué haré?*”, se preguntaba. Pronto encontró la solución: “*Abriré una escuela para enseñar a cazar dragones*”.

Tras terminar la Licenciatura de Matemáticas, saturado de Topología Algebraica o de Análisis de Variable Compleja, temí repetir la historia de la fábula. Pero la realidad docente en institutos pronto me mostró que en las aulas hay dragones bien reales que combatir: la exclusión, el anumerismo, la ocultación del talento, la influencia de la trivialidad mediática o la apatía prematura de quienes aún tienen todo por descubrir. Para ese combate, el pensamiento analítico y deductivo, la cultura matemática y la racionalidad son armas poderosas. Todo adolescente tiene derecho a ellas, a no enfrentarse en la indefensión de la ignorancia a esa vida que ya le llama “*como un aullido interminable*”¹.

Mi hoja de servicios dice: Profesor de Enseñanza Secundaria. Trienios: 10. Pero no contabiliza ilusiones, dudas, afanes, absurdos, alegrías ni desengaños. Fijaré la mirada en algunos de esos momentos vividos que perduran en mi memoria, también en mi piel; siempre de la mano de las temidas y amadas *Mates*.

¹ *Palabras para Julia* (José Agustín Goytisolo).

Instituto Nacional de Bachillerato

DEBUT

28 de octubre de 1979. Llegó al fin el esperado telegrama: *“Mañana, día 27, debe presentarse en la Dirección Provincial del MEC de... para su toma de posesión como Funcionario Interino en Prácticas con destino provisional en el I.N.B...”*. Tras meses de estudio y superar el Concurso-Oposición Libre en julio, agosto y septiembre fueron de necesario descanso. Pero, una vez comenzado el curso escolar en octubre, este retraso me consumía.

Al día siguiente cojo el tren, camino de la capital de la provincia asignada. Al llegar, trámites administrativos y luego un autobús me lleva al pueblo que la suerte me ha deparado. Siempre con la maleta, voy al instituto. Allí me recibe el Jefe de Estudios:

- El curso comenzó hace 4 semanas y ya están los grupos asignados. En la planificación tú eras el Profesor X (ciertamente soy una incógnita, pienso). A X le tocan Matemáticas de 1º BUP (un grupo diurno y uno nocturno), una Historia de la Música de 1º BUP y la EATP de Comercio en 2º BUP (dos grupos).

- Pero si soy Licenciado en Matemáticas y no tengo ni idea de Solfeo ni de Comercio...

- Es lo que hay. Además, no es Solfeo sino Historia de la Música. Precisamente es con lo que empiezas, mañana a las 9.

Salgo pasmado. Aún no sé dónde dormiré hoy, pero es otra la desazón que me invade: ¿qué cuento en clase mañana? Tardaré un tiempo aún en darme cuenta de que otros profesores de Ciencias Naturales o de Física y Química imparten Matemáticas, pero al Profesor X, de quien no se sabía el nombre pero sí que era matemático, le han guardado estas materias que ninguno de ellos quería.

Saco de la Biblioteca del centro la Enciclopedia de la Música. Paso la tarde leyendo el capítulo 1: *La Música en la Grecia Antigua*. Otra vez estudiando. ¿Mañana doy clase o me examino?

Llega mi primera clase como profesor de aula. Tantos años de estudio, tanta ilusión tras la oposición, para empezar improvisando. Nueva sorpresa: la clase es con dos grupos de 1º BUP, casi 80 alumnos juntos en el Gimnasio pues en un aula no caben. Esto no es normal, habrá que hacer algo. Los chicos me miran con curiosidad:

- ¡Ya ha llegado el nuevo! ¡y es maño!

Tras la presentación de rigor, empiezo a recitar de memoria el texto aprendido la tarde anterior. Mientras hablo de Pitágoras y la Serie Armónica, el auditorio desconecta enseguida. Por las últimas filas empiezan a volar aviones de papel y se extienden las tertulias. Intento llamar al orden, pero entonces pierdo el hilo. Una inquietante tentación de huir me invade. Cuando por fin suena el timbre, suspiro aliviado. Salgo con una duda terrible: ¿esto va a ser siempre así? ¿Es la novatada o premonición de la “brillante” carrera profesional que me espera?

Luego, en clase de Matemáticas, algo bien conocido: Tema 1 – Números Enteros. Cuarenta alumnos, cada uno con su Santillana de tapas naranjas. He preparado además algunos pasatiempos numéricos. La cosa va mejor.

De regreso a mi nuevo piso alquilado no paro de pensar en la clase de Música. ¿Qué hacer? Acudo a mi única experiencia musical: oyente de la radio. Haré audiciones, clásicas y contemporáneas, salpicadas de lecturas de contraportadas de discos.

Meses más tarde, mientras suena una cantata de J.S. Bach, con la letra traducida en la pizarra, observo lágrimas en las mejillas de dos alumnas. Me preocupo:

-¿Qué pasa, estáis mal?

- No profesor, es que esta música es muy bonita.

Recibo entonces sus lágrimas con una satisfacción que no es sádica; como un triunfo.

CAMPO A TRAVÉS

Curso 1979-80. Fermín es un salvapatrias. Proclama ser más español que nadie y luce altanero los emblemas de la Dictadura. Es profesor de Educación Física. Su única formación, un cursillo en la Academia José Antonio Primo de Rivera de la O.J.E.². Desde luego, juró los Principios Fundamentales del Movimiento Nacional. Por antiguos derechos adquiridos, vive en una vivienda del MEC, uno de los chalets anexos al instituto. En la fachada, grandes rosales rojigualdas muestran a todos su amor patrio. Desde el primer día queda claro que entre Fermín y yo hay poca afinidad. En estos tiempos, mi barba y su inequívoco bigotito explican mucho sin palabras.

Abel es un alumno nuevo de 1º BUP A que viene cada mañana desde su pequeño pueblo en el autobús escolar. Parece un niño de la Posguerra: pelo al uno, orejas de soplillo, todavía con pantalón corto a los 14 años. Sus piernas coloradas y gordezuelas lucen señales de algunas batallas. Es lento de reacción y torpe de movimientos. Pronto sus compañeros le otorgan un apodo: *El Mosto*. En esta tierra de vino, el mosto simboliza lo que no llega a realizarse, lo incompleto, que le falta un hervor. Pero, aunque tardías, sus sentencias no son huecas. Parecen las de un abuelo de campo, con tozudez, sorna y tino.

Soy su tutor y recibo a Abel con la simpatía que despierta el débil, el diferente. Muestra una especial aptitud para las Matemáticas que intento explotar como refuerzo de su autoestima. Sin desprenderse del estilo testarudo y rural, parece relacionarse mejor con los conceptos abstractos que con los demás alumnos. Entre él y yo se establece una curiosa relación pendular, oscilante entre su recelo natural y la confianza recién nacida.

En clase de Educación Física Abel sufre. Hay que dar volteretas en el plinto, saltar el potro y el caballo. Una y otra vez se estrella contra los aparatos de madera entre las risotadas despiadadas del resto de la clase. Entonces, Fermín lo ridiculiza ante todos con

² O.J.E: Organización Juvenil Española, adscrita a la Falange.

comentarios crueles. ¿A cuántos habrá humillado? Una y otra vez Abel se levanta con nuevas heridas en el cuerpo y en el orgullo.

Estoy en clase, en el aula junto al gimnasio. De repente se oye un gran revuelo y una voz conocida. Es Abel:

- *¡No aguanto más, no aguanto más!*

Salgo al pasillo y le veo correr hacia la puerta del instituto. Sus compañeros le siguen en tumulto. Sin pensarlo apenas, voy tras los pasos de Abel, que ya son zancadas. Me lleva más de 50 m de ventaja pero lo alcanzaré sin problemas. Cada mañana corro varios kilómetros, estoy en mejor forma que él, confío.

La desesperación da alas a Abel. Aunque corre con un estilo nada ortodoxo, es más veloz de lo que suponía. Cruza un campo en barbecho. Las pisadas se hunden en la blanda tierra removida. Mis suelas lisas de mocasín no tienen agarre, la carrera se hace penosa. Hay que elevar las rodillas y tirar de brazos. Esto parece un duro 800 m en pista y con mucho público. Detrás nuestro se oye el griterío. Han salido los chicos de mi clase y junto a los que estaban en la de Abel componen un coro bullicioso, arremolinados tras la valla.

Sé que hago lo que debo, pero no puedo dejar de ver una estética y una épica absurdas en la escena: carrera de persecución bajo el sol y por los surcos, con un público chillón, sin idea de la meta ni del premio. Imagino apuestas. Ya casi estoy a su altura. Llego y lo abrazo. Desde el patio llega una gran ovación.

Volvemos: él llorando, mi brazo sobre su hombro. En la puerta, lívido, espera Fermín.

- *Este chico se ha escapado de mi clase. Hay que ponerle un castigo.*

Le devuelvo la mirada con rabia contenida.

- *Déjalo en paz, ya lo has castigado bastante.*

Hay expectación alrededor nuestra. Me mira con los ojos encendidos y no responde.

Abel no va más a clase de Educación Física. Suspende.

Pasan 4 años. Algo cambia. Como los demás, aquel I.N.B. pasó a ser sólo I.B. Se le cayó del nombre la “N” de nacional. Un día me encuentro con el profesor de Matemáticas que llegó destinado a aquel pueblo tras de mí para quedarse. Me cuenta que se ha abierto un expediente a Fermín por todos los años que ha impartido cursos de judo en el gimnasio del centro (cobrando, por supuesto). También se ha descubierto que pillaba la luz para su casa con un cable desde el instituto, aquel Instituto Nacional, *su instituto*. Son pequeñas cuentas pendientes. Nunca pagará su gran deuda.

Instituto de Bachillerato

DESTINADO

Curso 1980-81. Primer destino definitivo. Suena como cadena perpetua. Pero no será una condena; al revés, será una etapa esperanzada que me va a deparar muchas satisfacciones. La Universidad me preparó para ser matemático (no estoy muy seguro), pero no para enseñar y mucho menos para educar. Así que me afano en la pizarra de 2º BUP despejando “delta” en función de “epsilon”. Todavía no me he dado cuenta de lo absurdo del empeño y me consuelo del fracaso cotidiano pensando que he dado una clase de mucho nivel. ¿Para quién?

Aún no tengo hijos y mi edad está más cercana a la de los alumnos que a la de sus padres. Así que la Tutoría será una parte del trabajo donde haré lo que pueda, pertrechado tan solo de buena voluntad y de intuiciones, sin teoría alguna y sin otra experiencia vital que la de haber sido muchos años alumno. Como tantas veces, también en ésta como tutor novato, las ganas de hacer las cosas bien podrán más que la ignorancia y la inexperiencia. Me consuelo con los versos de León Felipe: “*Para enterrar a un muerto, cualquiera vale; cualquiera menos un sepulturero, para que lo entierre con respeto*”.

24 F

24 de febrero de 1981. Tras una noche de poco dormir, una noche para recordar, voy temprano a clase. Por la Calle de la Iglesia se escuchan las radios encendidas en cada casa. Aunque algo más tranquilo ya, aún permanece en mí la huella del sobresalto, del miedo, de la incertidumbre pasados.

La tarde anterior fuimos a casa de un compañero de Física y Química. Reunidos en este pueblo por el azar administrativo, pronto se hacen amistades entre las familias de los profesores y es habitual vernos después del trabajo, casi siempre para seguir hablando del trabajo. Estábamos merendando y Carmen, profesora de Francés, trajo la noticia:

- *Hay un golpe de Estado. Han asaltado el Congreso.*

Estaba muy inquieta por lo que podría pasar, como al momento lo estábamos todos, aunque con un motivo añadido en su caso: su marido Paco es concejal comunista. Esperaba su llamada y por eso venía a buscarnos. Los profesores vivimos de alquiler y es raro que en nuestros pisos haya teléfono. El nuestro es la excepción. Así que, fuera del horario laboral, es el teléfono de emergencias para las familias de los profesores amigos. Fuimos rápido a casa. Allí nos esperaba por igual motivo Luisa. Bueno, igual o simétrico: Luis, el marido de Luisa es militar.

Pasamos largas horas junto a una radio y una televisión que emiten sospechosa música clásica. Con las líneas saturadas, tras muchos intentos, hablamos con los padres: en Zaragoza no pasa nada, no saben nada.

Luisa y Carmen, comidas por los nervios, esperando sus llamadas. Por fin llegaron: Luis estaba acuartelado, Paco había pasado la frontera de La Junquera. A las 3 de la madrugada, el discurso televisado del Rey despejó las dudas principales. A las 4, el cansancio y la tensión hacían mella, había que dormir. A la mañana siguiente, a clase con la duda: ¿qué hacemos?

Cuando llego al instituto todo son corros de alumnos, de profesores, debatiendo la misma cuestión. El Gobierno en funciones ha pedido que se cumplan los horarios como siempre, dando testimonio de normalidad democrática.

A las 9 entro en clase de 2º de BUP. Algunos alumnos apagan el transistor. Empiezo:

- Ayer algunos intentaron que en este país vuelva a gobernar el miedo. Hoy os pido que les demostremos que nuestra voluntad es estudiar y trabajar en libertad, que no van a cambiar nuestras vidas. Así que vamos a empezar la clase. Pero tú, Tomás, que sueles estar despistado de lo que cuento, ponte la radio bajita al oído y si pasa algo nuevo nos avisas.

Durante los 60 minutos de la clase Tomás recibe más atención que yo. Resolvemos unos límites en la pizarra. Al final de la mañana, Miguel el conserje me informa:

- Tejero se ha entregado.

Me acuerdo de Fermín. Mañana volveremos a la rutina, nunca tan amada.

NIVEL EDUCATIVO

Curso 1983-84. Ha llegado al instituto Lisa, una chica norteamericana de Denver (Colorado) que viene para un año. Por edad es asignada a 1º BUP, aunque pronto se revela que su nivel académico es inferior. Es sociable y mejora su español con rapidez, arrastrando el característico acento yanqui.

Imagino los clichés que conceden atractivo a nuestro país en el extranjero: Granada – La Alhambra, Toledo – El Greco o Barcelona – Gaudí. Por eso me resulta enigmático que, una vez tomada la decisión de venir a España, haya escogido este pueblo oscense. ¿Tal vez por sus afamadas longanizas?

Los alumnos que viven en las torres diseminadas por la comarca llegan cada mañana en el autobús que los recoge muy temprano, pese a que a veces no vivan lejos del centro. Tiene que realizar un recorrido sinuoso que pase por todas ellas y así el viaje se hace

muy largo. Me pregunto si el conductor habrá estudiado el grafo de este problema topológico. Ríete tú de *los Puentes de Königsberg...*

Salgo a correr temprano, cuando el sol es aún una promesa. Me cruzo varias veces con el autobús en su wayven. El primer día los chicos no daban crédito a mi aparición.

- *¡El de Mates corriendo por la carretera!*

Ahora, aunque acostumbrados, al verme siguen pegando la nariz al cristal y saludan cada nuevo cruce golpeándolo con las palmas para enfado del conductor.

Tenemos horario de mañana y tarde, así que hay comedor para los chicos de las torres. La Sra. Julia es la cocinera y, llegado el caso, hace de madre ocasional de alumnos en apuros. Es una buena mujer. Trae de su torre los productos que necesita: huevos de corral; tomates, patatas y verdura del huerto; un lujo. Cuando llega el recreo, los profesores acudimos ávidos al comedor. La Sra. Julia nos tiene preparadas unas fantásticas tortillas de patatas y varias cafeteras recién hechas. Con esos poderosos alicientes nos reunimos y almorzando hablamos del trabajo, de la familia, de fútbol, de todo. Las compañías transnacionales todavía no han descubierto el gran potencial de una buena tortilla de patatas para crear cultura de empresa y sinergias positivas. Aunque lo descubran, les será difícil encontrar otra Sra. Julia.

Esta mañana he llegado pronto. Miro por la ventana de la Sala de Profesores. La veo llegar cargada: en la mano izquierda, dos grandes bolsas a rebosar de hortalizas que asoman por encima; en la derecha, tres cartones de huevos apilados. Llega a la puerta, que está cerrada. Se agacha para apoyar las bolsas en el suelo, cambiar de mano los huevos y poder abrir. Lo hace trabajosamente, cuidando mantener la horizontalidad de los cartones y evitar el desastre. A ambos lados, grupos de alumnos sentados en las escaleras la observan si mover un dedo, menos una. Lisa se levanta y va corriendo.

- *Deje Sra. Julia, deje, que ya le abro yo la puerta.*

En clase, Lisa hace examen de Matemáticas: muy flojo, no sabe dividir polinomios.

Media tarde. Han terminado las clases. Vuelvo a casa por la solitaria Calle de la Iglesia. La boira³ empieza a instalarse, a pegarse a los tejados con vocación de quedarse semanas. A lo lejos adivino la figura humilde y cansada de la Sra. Julia, de regreso con las bolsas vacías. Pienso en Lisa y me pregunto a qué llamamos nivel educativo.

Instituto de Enseñanza Secundaria

LÁGRIMAS

Curso 1995-96. David es un Goliat, un matón de patio de colegio. Siempre anda metido en algún lío y va engranando expulsiones que no tienen un valor rehabilitador pero al menos conceden una tranquilidad pasajera a sus compañeros. Cumplirá los 15 como repetidor de 2º ESO, ya es seguro que no se graduará. Demasiado temprano para entrar en el Programa de Diversificación; aunque así no fuera, demasiado conflictivo. Acumula todos los suspensos que es posible, pero es listo. Un listo que no admite pauta ni norma, mucho menos disciplina. Y ese talento sin método se seca y retrocede, pero de vez en cuando da algún destello. El último examen era propicio para lograrlo y David llega al 5 pelado.

Reciben sus exámenes corregidos y observo que una lágrima resbala por el rostro de David. Torpe intérprete de la situación le pregunto:

- *¿Qué pasa?, ¿te parece poca nota?*
- *No, profesor, es que hacía cuatro años que no aprobaba un examen de Mates.*

Por un momento se ha roto su coraza de simulada indiferencia académica que enseguida va a recobrar, no vaya a trascender su debilidad. Esa lágrima me confirma que hasta para “David El Duro” es importante ser aceptado, ser reconocido.

³ Boira: niebla

Qué pronto se pierden algunos trenes a los que ya nunca podrás subir. Qué difícil, qué necesario es abrir los ojos a tiempo. Qué hermoso que tu oficio sea, alguna vez, ayudar a conseguirlo.

CLASE EN LA CALLE

Curso 1997-98. Matemáticas en 4º ESO, opción B, tema: Trigonometría. Dicto rutinariamente el enunciado de un problema tipo:

- Desde un punto A en la orilla de un río se divisa un punto B en la orilla opuesta....

Alzo la vista y veo a través de la ventana, como siempre, el Río Ebro que sigue con mansedumbre su camino milenario. De repente se presenta ante mí la evidencia del absurdo: aquí estamos, midiendo ríos imaginarios cuando tenemos uno al lado. Una necesidad de coherencia me lleva a decir:

- La semana que viene haremos esto mismo en el Ebro. Y mediremos también la altura de la torre del centro comercial.

A lo largo de la semana siguiente construyen goniómetros artesanales y consigo una larga cinta métrica. Repasamos una y otra vez qué habrá que hacer.

- No me pidáis explicaciones cuando estemos allí, todo habrá que hacerlo aprovechando el tiempo de clase.

Obtengo su compromiso de buen comportamiento. Cada práctica se realizará en dos periodos lectivos, con la mitad de los alumnos cada vez; cuatro clases en total, incluyendo en cada una de ellas la ida, la experiencia y la vuelta.

Llega el primer día. Salimos pertrechados con nuestros rudimentarios útiles de agrimensores. A orillas del Ebro nos recibe un cierzo severo. Se hacen las mediciones con rapidez, sujetando los papeles con piedras. Alguno vuela hasta las aguas. Puede decirse que hacemos Matemáticas “contra viento y corriente”.

A la vuelta, estos pioneros alardean ante sus compañeros del segundo turno. Es curioso ver a Juan, alumno que mantiene un prolongado desencuentro con esta asignatura, cómo se da importancia por su actual quehacer matemático. Cuando otro día, camino de la torre, nos cruzamos con los niños que salen de la escuela, éstos preguntan intrigados:

- *¿Dónde vais con esos cacharros?*

- *A las prácticas de Trigonometría.*

les responde Juan orgulloso, recibiendo una mueca incrédula como respuesta.

Ese día el cierzo nos da descanso. Los chicos aplican el método de la doble medida a salvo del tráfico, en la zona de césped del cruce de avenidas frente a la torre. Todo discurre con placidez hasta que se disparan los aspersores. Son las 12:00 y no habíamos contado con el riego programado. Hoy es el agua la que cae sobre los papeles. Risas, carreras y algo nuevo que contar.

Doce años después, me cruzo por el barrio con algunos de aquellos alumnos, hoy hombres y mujeres a los que el futuro ya les ha alcanzado. Muchas veces me recuerdan “*aquel día que dimos clase en el Ebro*” o “*cuando salimos corriendo bajo el riego*”.

No son las Matemáticas una ciencia propiamente experimental, pero a estos niveles hay tantas posibilidades de tener experiencias matemáticas, y como tales experiencias retazos de vida, que desaprovecharlas me parece tan ilógico (tan cobarde en el fondo), como renunciar a una cita prometedor.

COSAS DE LA VIDA

Curso 2004-05. Desde hace unos años, acostumbro a dar clase a grupos de 1º ESO y 2º Bachillerato, abajo y arriba. Esto me permite ver cómo entran y cómo salen 6 años después los alumnos del instituto; aunque lo último sea muy parcial, pues hasta allí sólo han llegado los buenos estudiantes. También, me obliga a estar en continua adaptación

para cambiar el registro comunicativo. Si con los pequeños doy la clase con el dial puesto en el punto de los mayores, quedarán perplejos, ajenos al léxico, a la exigencia, a la ironía. Pero si con los mayores sigo en el tono de Primero, me verán como a un ridículo papaíto que chochea.

Los chavales de 1º ESO suelen tener 11 años, camino de los 12, y son, en una gran mayoría, infantiles, inocentes... vamos, de su edad. Te interrumpen una vez tras otra en su deseo de adaptarse a este “colegio de mayores” y agradar.

- *Profesor, ¿en qué color hay que subrayar? ¿puedo usar boli negro?*
- *Profesor, ¿las hojas lisas o cuadriculadas? ¿puedo escribir por detrás?*

Ellos están esperando la hora del recreo para jugar al balón, y así seguirán aún por un largo tiempo; ellas, están en vísperas de comenzar el tránsito –en ocasiones de un día para otro- desde la camiseta de Minnie Mouse al tanga a la vista.

Pero a veces encuentras algunos chicos y chicas con mirada resabiada desde su entrada en el instituto, al que adivinan como un nuevo campo de batalla. No saben sumar fracciones y pronto empezarán a dudar de las tablas de multiplicar, si algún día las aprendieron. Pero llegan ya diplomados en la escuela de la calle, camino de la licenciatura. Adivinas que, como el hierro, han sido moldeados a golpes: por la familia, por las pandillas, por el azar. Y, como el hierro, cuando choquen harán sentir su dureza.

Son alumnos complicados y que crean complicaciones, incómodos para los profesores. Lo que no sucede normalmente es que, como ocurre este curso, en un mismo grupo encuentres a seis de esos chicos. Esa acumulación va a actuar como masa crítica, provocará una detonación en mi interior; la mayor sacudida personal en tantos años de transitar por las aulas.

Raquel es grandota, desconfiada y su mirada te hace desconfiar. No trae el libro, no coge apuntes, no hace tareas, no atiende en clase. Algo sí hace: permanentemente comenta y apostilla en voz baja todo lo que dice el profesor. Le mando callar una y otra vez. No hace caso. Cuando es ya un notorio estorbo para el resto de compañeros, la envío fuera del aula, con el profesor de guardia. Así, día tras día. Hablo con la tutora. Me cuenta que la madre hacía lo mismo en la entrevista de tutoría, comentando con desprecio cada frase, cada opinión que se le decía. Bendita sea la rama...

Richard acaba de llegar de un país sudamericano. Aunque es menudo, tiene dos años más que sus nuevos compañeros. Los cambios se le amontonan: de un país a otro; de su aldea a esta ciudad; de la escasez al consumo tan a la vista, tan tentador. Se le ve asustado y aturdido. Me despierta enseguida un cariño paternalista. Pero es difícil entrar en su hermetismo protector. Me siento a su lado en el Taller de Matemáticas (allí hay 11 alumnos en el aula y se puede), intento mostrarme su amigo y ayudarle a superar el enorme retraso escolar que lleva según nuestros parámetros. Parece que empieza a abrirse. En clase de Matemáticas, donde hay 27 alumnos, reclama la misma atención cercana que entonces ya no puedo darle; y lo hace dando voces cada cinco minutos: “¡Profe! ¡Profe!”. Intento disciplinar esa nueva confianza y convencerle de que el instituto le da una gran oportunidad para integrarse y progresar. Pero en clase aprende poco o nada. Fuera de clase va a aprender rápido.

Jennifer, aunque repetidora, es muy pequeña de tamaño. La llaman “chiqui”. Viste siempre un mismo chandall sucio, sucio. Se intuye mala alimentación, dejadez familiar, pobreza. La tutora no consigue hablar con nadie de su casa.

Lucas, Sergio y Lalo son inseparables. Lucas es listo, pero usa su inteligencia sólo para dominar a sus colegas; si quisiera, tendría alguna probabilidad de aprobar. Sergio ríe todo lo que diga Lucas y actúa según le dicte. Lalo tiene aspecto muy aniñado y una

historia personal difícil: vive desatendido con su “abuelastro”, padre de la novia de su padre; los dos últimos, en paradero desconocido. Lalo me inspira ternura y compasión; hasta que conozco que el último verano, en la piscina, estrelló un bate de béisbol en la cabeza de un gitano, abriéndole una brecha. Desde entonces teme la venganza calé y anda por la calle con cien ojos. Sergio y Lalo acumulan mucho retraso escolar; el aprobado en su caso es misión imposible. Hablan sin parar.

Richard sigue sin aprender Matemáticas, aunque tres meses después de su llegada ya se le ve más suelto en sus relaciones sociales. Viste distinto que antes, ahora todo de blanco: ropas amplias de raperero, gorra con la visera hacia atrás –hay que recordarle de seguido en clase que se la quite-, zapatillas de 150 euros y un gran crucifijo dorado al cuello. Por la tutora sé que sus padres trabajan como esclavos, a destajo: el padre, en derribos; la madre, limpiando casas. El chico tiene todo lo que quiere. Para eso vinieron a España, para que sus hijos puedan decir adiós a las privaciones.

He descubierto que Raquel provoca para que la saque de clase. Así se encuentra en los pasillos con otros colegas expulsados y juntos hacen sus correrías. Pruebo con el aislamiento. Coloco una mesa y una silla en un vértice del aula y a la primera le digo:

- *¡Raquel, a la esquina!*

Al día siguiente, Raquel irá a Jefatura de Estudios, acompañada por la hermana mayor, para denunciarme por haberla llamado “puta”. Al pedirle detalles, responde que la había enviado “a la esquina” y en las esquinas trabajan las putas...

Al hablar, Jennifer tartamudea cohibida; pero cuando ríe es muy escandalosa. Tiene una risa sincopada, renqueante, inhumana; parece el bramido de una máquina desajustada. Cuando ríe, la clase se colapsa.

Lucas, Sergio y Lalo siguen de cuchicheo. He intentado separarlos, pero entonces es peor el remedio que la enfermedad: a su alrededor se crean tres núcleos de dispersión pues saben enredar a otros. Mejor que estén juntos y tenerlos controlados, cuidando que no suban el volumen. He comprobado una técnica que a veces es eficaz para cortar esas conversaciones. Consiste en intervenir en las mismas a propósito de lo que estén hablando, si te has enterado de lo que decían, o con frases-comodín con las que fingirlo: “No creas, no” o “¿estás seguro?” y vaguedades por el estilo. De esa forma, sea verdad o no, piensan que estás escuchando sus cosas, y se callan para que no entres en su terreno, prohibido para ti. No sé de qué hablan, pero aplico la técnica. Lucas me responde sorprendido:

- *Pero profesor, ¿es que usted también sabe cosas de la vida?*

Ahora el sorprendido soy yo. Salgo del paso:

- *¡Pero qué te has creído! ¡si podría ser tu padre!*

Luego me arrepentiré de haberlo dicho, cuando sepa que no lo conoce.

- *¿Habéis pensado que sólo vivo con Matemáticas, que soy un marciano?*

Definitivamente sí, lo piensan.

Tengo que prodigarme en varios frentes sonoros: el permanente run run malicioso de Raquel; Richard con sus llamadas “¡Profe! ¡Profe!”; las carcajadas sobrecogedoras de Jennifer; la conversación sin fin de los tres amigos. La clase es una batalla diaria para controlar a estos seis chavales, conseguir que no ejerzan liderazgo sobre algunos gregarios y también hacer Matemáticas con los otros 21, rehenes de la situación.

Después de las vacaciones de Semana Santa Richard no vuelve a clase. No lo veré más este curso. Al curso siguiente regresará, pero en Navidad volverá a desaparecer. Dejará la casa de los padres. Se irá a vivir con una compatriota cuatro años mayor que le ha

descubierto un nuevo mundo de sensaciones. Tendrá un hijo, recién cumplidos los 16. Se casará. Gracias a esa boda, la mujer legalizará su situación en el país. Richard terminará trabajando con su padre en los derribos, a mazazos.

Jennifer viste ahora mejor, con ropa de moda, y usa teléfono móvil. Me entero de que la han pillado varias veces robando en el centro comercial. También, que forma parte de una banda que atraca a chicas de su edad. Empieza a visitar el Tribunal de Menores.

Lucas, Sergio y Lalo, como de costumbre, de tertulia en clase. Una vez más, intento aplicar mi estrategia. Para ello, aguzo el oído. Dice Lalo, el pequeñito y aniñado:

- *Ya sabes, si necesitas pasta, en la Almozara, por las noches debajo del puente hay hombres mayores que te pagan si les haces cosas.*

Quedo sin capacidad de reacción. Demasiado en un mismo año. Me invade una mezcla de rabia, impotencia y amargura. Algunos problemas matemáticos se resuelvan con un cambio de variable que los simplifica. Esta situación me supera, habría que cambiar demasiadas variables. A final de curso necesito ayuda.

TALENTO

Curso 2005-06. Andrés es muy inteligente. Hoy lo vuelve a demostrar. Le doy clase en 4º ESO, en una optativa de diseño propio sobre Historia de las Matemáticas. Con la libertad que da saber que cuanto trabajemos será un plus, sin prisas, baremos ni exigencias externos, desarrollo las clases que para todos quisiera. Relacionamos Matemáticas con Historia, Filosofía, Ciencias Experimentales, Tecnologías, Arte, Poesía... con todo. Seguimos los sueños pitagóricos, la imaginación de Eratóstenes, la armonía áurea, la cara científica de las grandes navegaciones, el anhelo de un Universo geométrico, el empeño de Galileo, la honestidad de Kepler, la aventura del Meridiano, el reto póstumo de Fermat, las trampas del azar, el vértigo del infinito desde Zenón a

Cantor, la fascinación de los fractales; tantas ideas y emociones que los alumnos merecen conocer pero que la compartimentación del saber hecha rutina impide.

Les hablo de las cónicas desde el punto de vista sintético. Y comento que el área encerrada en la elipse es igual a $\pi \cdot a \cdot b$, siendo a y b los semiejes. Al momento levanta la mano Andrés:

- Entonces, la longitud de la elipse será $\pi \cdot (a + b)$

No había oído tal fórmula en mi vida. Le pido aclaración.

- Sí hombre, si la circunferencia es una elipse de excentricidad cero, entonces los dos semiejes son iguales, son el radio. Por eso, el área del círculo es $\pi \cdot a \cdot b = \pi \cdot r \cdot r$. Así que, como la longitud de la circunferencia es $2 \cdot \pi \cdot r = \pi \cdot (r + r)$, siguiendo un razonamiento análogo pero hacia atrás en la elipse debería ser $\pi \cdot (a + b)$.

Es hermoso y claro. Merece ser cierto. Todo lo conocido para la elipse puede ser particularizado para la circunferencia, pero el camino inverso es sólo una intuición. Hace falta una demostración que desconozco. Paso la semana rebuscando en libros, en Internet y nada; en ningún sitio aparece. Al final en un libro de Geometría de los años 50, allí está. Andrés tenía razón.

Cuatro años después: hay noticias de Andrés. Primera noticia: Premio Nacional de Bachillerato. Son palabras mayores, pero no hay sorpresa, le creíamos capaz. Segunda: Andrés estudia con éxito la carrera de Matemáticas. Nos alegra haberle abierto caminos por los que pronto llegará más lejos que nosotros. Y tercera: además, estudia otra carrera, Filosofía y Letras. Esto sí que es singular. Su talento no se conforma en una parcela.

Recuerdo aquellas dos clases semanales de la optativa y quiero sentirme un poco “culpable” de que Andrés tenga una mirada amplia. Quiero creerlo y esa sola voluntad,

como un suave licor, eleva hoy mi ánimo; aunque la intuición en este caso sea indemostrable.

WE ARE THE CHAMPIONS...

2 de junio de 2006. Estamos en el Salón de Actos de la Universidad Paul Sabatier, en Toulouse (Francia), abarrotado de adolescentes. Se van a entregar los premios del Rally Matemático sin Fronteras. Acompaño al grupo de 4º ESO B, junto con Alberto su profesor, clasificado para esta final. Soy profesor de la mitad de ellos, en la optativa.

Es un concurso de participación colectiva, donde la expresión del talento individual adquiere una dimensión solidaria y enriquecedora en el grupo. Este fin de semana en el extranjero (próximo, pero extranjero al fin) es un premio en si mismo; y como tal lo han vivido los chicos desde un principio, preparando incluso camisetas como para un equipo deportivo, profesores incluidos. Pocas veces un trabajo ha sido más agradable (decidimos correr un tupido velo sobre el intento de “botellón” en el hotel).

Las sensaciones durante la prueba han sido buenas. Los chicos terminaron antes que ningún otro equipo y ése es el criterio que se aplica en caso de empate. Pero lo principal, claro está, será el número de aciertos. Llega el momento esperado, se lee la clasificación en orden inverso. Los chicos entrelazan sus manos, confiados en ganar. Veo en sus ojos quinceañeros la renacida ilusión de una Noche de Reyes. Y al fin:

- La première place est pour l'Espagne! C'est le Lycée de Saragosse qui a gagné.

Entre los chicos, explosión de gritos, aplausos y algún lloro. Yo, cosas de la edad, me acuerdo de Massiel en Eurovisión. Pasamos al escenario y el “profe” tiene que hablar. Para pasmo de los alumnos lo hago en francés, a mi manera:

- Merci beaucoup. Nous sommes très heureux de ce prix, et très contents de voir tellement de garçons et de filles qui s'amuse avec les Maths.

Parece que los franceses me han entendido; nuevo pasmo de nuestros alumnos.

Al regresar con el trofeo, que custodiaremos durante un año cual Copa Davis, los chavales repiten los gestos que tantas veces han visto a los deportistas en su alegría televisada. Suenan una y otra vez los móviles: *¡Mamá, hemos ganado!*

No todos han aportado lo mismo, pero aún para aquellos que no consigan aprobar las Matemáticas este curso, quedará un recuerdo feliz unido a ellas: aquel día que en tierras galas ganamos nuestra "Champions League de las Mates".

Institutos públicos de Enseñanza Media. 1979-2010.

ENSEÑANZA PÚBLICA

En ocasiones se reúnen en estas aulas "extrañas parejas" como: años atrás, Paula Matamoros e Ismael Mohamed, seguidos en la lista; o también Pedro Lobo y Luis Cordero, grandes amigos; y más tarde, Jorge Aznar al lado de Jorge Zapatero. El azar es caprichoso. Pero no es por azar que hayan compartido espacios, maestros y enseñanzas: las hijas de un senador y de un vendedor ambulante; el hijo de un pastor evangélico y el muchacho que espera con orgullo su primer Ramadán; esa chica de domicilio desconocido, en vivienda social protegida por el anonimato para una madre maltratada, y quien a diario viene en taxi del chalet con seguridad privada y piscina. No, esto no es azar sino Enseñanza Pública. En un mundo sectario, de "ismos" y recelos, donde "*tanto tienes, tanto vales*", la mayor experiencia de igualdad de oportunidades y convivencia entre diferentes, aquí y hoy; probablemente, en cualquier parte y siempre.